

ferencia. El autor, en la presentación del trabajo, recomienda comenzar su lectura por la voz: «Profetismo/profetas hoy», apartado que, en efecto, sirve como marco de todo el volumen y que recuerda que el fenómeno del profetismo sigue vivo todavía hoy. Otras voces, como la que le precede —«Profetas anteriores y posteriores»— o la dedicada al «Canon», pueden ayudar a completar una visión general inicial.

El diccionario se compone de un total de 87 voces estructuradas de la siguiente manera: 49 voces «mayores», es decir, su extensión abarca unos cuarenta mil caracteres; 32 voces «medias» (en torno a veinte mil caracteres); y 6 «menores» (quinientos mil caracteres). El contenido engloba, aparte de los libros proféticos —y de los profetas no escritores—, los grandes temas del profetismo. En este sentido, aunque en una obra de este estilo siempre cabría añadir alguna cuestión más, la selección de las voces es acertada y coincide básicamente con los conceptos más relevantes en relación a los profetas y su mensaje: Alianza, amor, salvación, juicio, resto, consolación, justicia, mesianismo, el día del Señor, culto, conversión, conocer (Dios al pueblo y viceversa), etc.

También se incluyen voces más generales («carisma», «inspiración», «Palabra de

Dios», «espíritu»...) que fundamentan la naturaleza de la revelación profética y que analizan las múltiples consecuencias que se derivan del hecho de ser y considerarse portavoces de Dios. Asimismo, se tratan otros aspectos fundamentales para la comprensión del mensaje profético, tanto literarios (géneros empleados en la predicación y en los escritos proféticos), como históricos o arqueológicos (el estudio de las naciones y culturas vecinas en cuanto a las semejanzas y diferencias que se aprecian con respecto al profetismo bíblico: «Grecia», «Asiria», «Persia», «Babilonia», «Mari», «Qumrán», etc.). No faltan, finalmente, alusiones hacia donde se dirige, en último término, el mensaje de los profetas, es decir, al Nuevo Testamento. En este sentido, aparte de las innumerables referencias que se encuentran en los diferentes apartados, destaca la voz dedicada a «Jesús, Profeta».

En definitiva, se trata de una completa, al mismo tiempo que manejable, obra de referencia sobre la materia de los profetas. Sin duda, será de gran utilidad tanto para aquellos que se dedican a la agradable tarea de dar a conocer la Palabra de Dios transmitida por sus portavoces, como para quienes tengan el deseo de iniciarse o profundizar en el contenido del mensaje profético.

Fernando MILÁN

---

**Natalio FERNÁNDEZ MARCOS**, *Septuaginta: la Biblia griega de judíos y cristianos*, Salamanca: Ediciones Sígueme («Col. Biblioteca de Estudios Bíblicos Minor»), 2008, 157 pp., 11,5 x 19,5, ISBN 978-84-301-1689-8.

Hasta hace poco más de treinta años, la traducción griega del Antiguo Testamento llamada de los Setenta era considerada, sin más, una traducción de la Biblia original hebrea. Ciertamente, era la traducción más importante, pues la utilizaron de modo habitual los primeros cristianos, al menos, los

autores del Nuevo Testamento. Pero como era una traducción su valor no pasaba de ser necesariamente secundario y dependiente del valor del texto hebreo del Antiguo Testamento transmitido en la tradición masorética. Hoy en día, el descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto ha da-

do un vuelco a esta situación. Por una parte, porque se ha puesto de manifiesto que esta traducción no es una cosa del judaísmo de la diáspora: tenemos testimonios de textos de los Setenta, y bastantes, procedentes del centro de Palestina y datados en los siglos I y II a.C. Por otra parte, porque antes de los descubrimientos de los manuscritos del Mar Muerto se pensaba que esta versión griega era una traducción más o menos parafrástica del texto hebreo que se había transmitido en la tradición rabínica y había acabado por fijarse en el texto masorético.

Sin embargo, en Qumrán se han encontrado manuscritos hebreos con un texto distinto del masorético que están en la base de la versión griega de los Setenta. Dicho de otra forma, el texto masorético que conocemos, aunque tiene sus ancestros en el texto hebreo de la época del segundo Templo, es bastante posterior al texto griego, que es la traducción de uno hebreo también de la época del segundo Templo. Más de un investigador afirma que si San Jerónimo hubiese tenido acceso a los manuscritos del Mar Muerto quizás no hubiese defendido la «hebraica veritas» con excesivo vigor. N. Fernández Marcos lo sugiere en cierto momento citando palabras de E. Ulrich: «Puesto que ahora el texto masorético ya no se ve necesariamente como la mejor forma del texto de cada libro, y puesto que no parece que el canon estuviera fijado en el primer siglo cristiano (...), se podría preguntar por qué los cristianos han de usar un texto establecido por los escribas judíos en los siglos VIII-IX d.C., (...) cuando incluso los judíos en la época del nacimiento del cristianismo no consideraban esos textos como superiores y cuando tenemos manuscritos y traducciones alternativos que presentan lecturas superiores» (p. 87). Pero lo cierto es que los

primeros cristianos, incluso cuando se servían del texto griego, no dejaban de mirar al hebreo. Por eso, Fernández Marcos cita un texto de D. Barthélemy que puede completar el anterior: «Me basta con proponer, con San Agustín, como forma del Antiguo Testamento cristiano, una Biblia en dos columnas: una contendría la Septuaginta de los dos primeros siglos de nuestra era, la otra el texto hebreo tal como lo han canonicado los escribas de Israel» (p. 49).

La cuestión, como se puede comprobar, es apasionante. En realidad, es un poco más compleja de lo señalado arriba. Por eso, afirma Fernández Marcos en el prólogo que el libro quiere ser una «guía para orientarse en el difícil recorrido del texto bíblico en los tres siglos que precedieron y siguieron al cambio de era». Una guía en la que se ofrecen las claves para la interpretación de la Biblia griega en el contexto del judaísmo helenístico y del cristianismo primitivo. El autor lo realiza en diez capítulos, de unas quince páginas cada uno, en los que trata del origen de la traducción, la cronología, las revisiones, las evidencias textuales, la presencia en el Nuevo Testamento y en los primeros escritos cristianos, las teorías sobre la inspiración de los traductores, las ediciones críticas, etc.

El tono del libro es divulgativo: se concibe como una primera introducción al tema por parte del lector y no presupone conocimientos especiales. Se busca la claridad y a veces el libro se lee como una novela. Sin apenas notas a pie de página, al final de cada capítulo se recoge una bibliografía sobre el tema tratado. Una bibliografía general completa la obra. En los dos lugares se citan trabajos de Fernández Marcos. El lector comprueba así que está ante una obra escrita por un especialista para un público más amplio.

Vicente BALAGUER